[aula abierta]

aula abierta 16

Sección del Suplemento Cultural **Tres Mil** en apoyo a los programas de Lenguaje y Literatura de Educación Media del Ministerio de Educación

| Diario Co Latino |
| sábado 23 de mayo de 2009 |

Responsable: Vladimir Baiza

Primer año de Bachillerato

El Amadís de Gaula, héroe medieval. Narrativa Caballeresca

Edgar Alfaro Chaverri

«Entre los autores del Boom tenemos al mexicano Carlos Fuentes; al peruano Mario Vargas Llosa; a los novelistas cubanos Alejo Carpentier y Guillermo Cabrera Infante; a Gabriel García Márquez, de Colombia y al autor que nos ocupa esta semana, el argentino Julio Cortázar.

El Boom fue un momento importante dentro de la literatura latinoamericana, porque supuso una ruptura con el pasado y una renovación formal, técnica y lingüística de la narrativa de nuestros países.»

Ver. Página 5.
JULIO CÓRTAZAR

MINI ÍNDICE
- El Amadís de Gaula. Narrativa española caballeresca.....páginas 1-4
- Cuento de Ricardo Castrorrivas: Teoría para morir inédito .....página 4
- Poemas: El Chaparro (Castrorrivas)y Escriviviendo (Kijadurías).....página 4
- Julio Cortázar y el Boom Latinoamericano (Cuentos: Continuidad de los parques, Los amigos, Axolotl).....páginas 5-7
- El cuento de la semana: La petaca (Salarrué).....página 8
- El poema de la semana: Estoy triste (Nezahualcóyotl)....página 8

«La obra más representativa y mejor lograda entre las de caballería fue El Amadís de Gaula. Según Martín Ricquer, es el mayor acierto de la prosa castellana de fines de la edad media.

La mayoría de los especialistas coinciden en que el autor fue un escritor anónimo, salvo el de la quinta parte, añadida posteriormente, que fue García Rodríguez de Montalvo**, regidor de Medina del Campo».**

Hacia mediados del siglo XV, va surgiendo en España un nuevo género literario que ya había evolucionado en otros países de Europa: l**a novela de caballería.** Se trata de la narración de aventuras de caballeros andantes, los cuales eran la representación fantástica del prototipo de héroe que se admiraba en esta época.

Los libros de caballería tuvieron una difusión extraordinaria, ya que despertaron una verdadera sed de lectura en todas las clases sociales, a grado tal, que la iglesia intervino para limitar los sitios y ocasiones en los cuales se podían leer. Alcanzaron su mayor preponderancia en el siglo XVI; declinaron en el siglo XVII, especialmente a raíz de la publicación de El Quijote, que los ridiculizaba y satirizaba en forma demoledora.

El antecedente literario más directo de la narrativa caballeresca, fueron las canciones o cantares de gesta. Los críticos distinguen varias etapas o ciclos temáticos, según la fuente histórica o legendaria de donde proviniesen tales relatos.

Las siguientes pueden señalarse como las tres **temáticas principales**:

1ª Temática Bretona. (En relación a la corte del Rey Arturo y los caballeros de la Mesa Redonda). Algunas de las novelas correspondientes son: Palmerín de Inglaterra, Florisel de Niquea, Tristán de Leonis, Palmerín de Olivo, Perión de Gaula, Primaleón. La más importante de este ciclo es Amadís de Gaula.

2ª Temática Carolingia. (En relación a la corte de Carlo Magno y a los 12 Pares de Francia). Entre las obras sobresalientes están: Tirante el blanco, Lanzarote del Lago, El Caballero de la verde España, Palmerín de Francia.

3ª Temática Grecoasiática. (En relación a temas o personajes de Grecia antigua o de países de Oriente). Libros principales: Felixmarte de Hircania, Lisuarte de Grecia, Amadís de Grecia.

El aparecimiento del Amadís de Gaula, la primera y la más importante obra de este género caballeresco, dio lugar a una serie numerosa de nuevas novelas que

cautivaron la atención del público español a lo largo de dos siglos aproximadamente. Estas obras contribuyeron a incrementar el idealismo, el soñar despiertos, la fantasía calenturienta acerca de héroes que por el amor sublime de sus damas realizaban hazañas fabulosas, como vencer endriagos (dragones), luchar contra genios maléficos, vencer ejércitos enteros con la sóla ayuda de su escudero.

Pero también favorecieron el enriquecimiento de la prosa española, el perfeccionamiento del idioma y de la literatura.

El Amadís de Gaula

La obra más representativa y mejor lograda entre las de caballería fue El Amadís de Gaula. Según Martín Ricquer, es el mayor acierto de la prosa castellana de fines de la edad media.

La mayoría de los especialistas coinciden en que el autor fue un escritor anónimo, salvo el de la quinta parte, añadida posteriormente, que fue **García Rodríguez de Montalvo**, regidor de Medina del Campo.

Se publicó por primera vez en 1508, aunque hay diversos indicios de que en el siglo anterior (XV), había circulado una edición bastante más antigua de la que sólo se han podido encontrar algunos fragmentos. Montalvo, en el libro V añadido por él, continuó la narración tomando como nuevo héroe al hijo de Amadís, es decir, a Esplandián.

Tuvo enorme acogida en su tiempo, porque su lectura satisfacía los gustos y la imaginación de la aristocracia dominante de fines de la Edad Media o de principios del Renacimiento, ya que Amadís, el protagonista, era el modelo de la perfección caballeresca, héroe de un mundo de misterios al que protegían fuerzas sobrenaturales. Las virtudes de la valentía, la religiosidad, el amor platónico, convergen en este personaje literario. La acción se desvía continuamente hacia episodios de encantamientos, de magia de batallas con monstruos y gigantes.

Argumento de Amadís de Gaula

Amadís, hijo natural del rey Perión de Gaula y de Elisena, es abandonado al nacer, en una barca, al capricho de las olas del mar. Sólo lleva consigo, como señales de reconocimiento, un anillo y una espada. Crecido en casa del caballero Gandales de Escocia, quien piadosamente lo arranca de las aguas y lo adopta como hijo, Amadís es más tarde conducido por el rey Languines a su propia corte.

Allí conoce a la princesa Oriana, hija del rey Lisuarte, rey de Bretaña. Su encuentro es el de dos almas que se reconocen en un mismo sueño de felicidad y de belleza. Ambos jóvenes se juran recíproca fidelidad, ligándose indisolublemente por toda la vida. Por intervención de Oriana, Amadís es armado caballero, lanzándose después a las aventuras con la hermosa imagen de aquella siempre presente en su corazón. Amadís no tiene más interés que Oriana; ella (su recuerdo) le guía por el camino a aventuras y sacrificios, pues para merecer su mano debe pasar por múltiples pruebas.

Entre otras hazañas cumple las siguientes: vence al gigantesco rey Abies, adversario del rey Perión, y en la corte de éste es recibido y honrado con agasajos. Más tarde, es víctima de un encantamiento en el castillo de Arcaláus, pero luego liberado por una misteriosa protectora suya, Urganda. Sin saberlo, se encuentra luchando contra su hermano Galaor, con quien por fin logra ponerse de acuerdo. Desde entonces luchan juntos.

Ambos hermanos, tras otras numerosas pruebas de valor emprendidas por la libertad y por la justicia, consiguen salvar al rey Lisuarte y a su hija Oriana que habían sido encerrados por Arcaláus en su castillo encantado. Pero poco después, Amadís es encadenado y separado de todos, siendo esta vez Oriana quien lo salva; en esa ocasión, ella se le entrega inmediatamente, por

«Amadís libertando una chica», Cuadro de Delacroix, famoso pintor francés.

obra del amor. Amadís recibe en premio de su fidelidad, la belleza por la cual suspiraba y por la que tanto había sufrido.

El héroe, dejando a Oriana, se dirige al reino de Sobradisa, donde la reina Briolanja lo recibe con fiestas; pero él sólo piensa en la dama de su corazón y decide volver a su lado. Se pone en camino. Al llegar a la Insula Firme topa con el simbólico Castillo de los escudos, donde cuelgan las enseñas de los muchos caballeros andantes que se habían esforzado inútilmente en explorarlo. Triunfando sobre muchas dificultades Amadís penetra en el castillo y libera a numerosos prisioneros. En lo mejor de su empresa le llega una carta de Oriana, que, indignada con él por suponerlo enamorado de la reina Briolanja, le llama falso y desleal, prohibiéndole que aparezca en su presencia. Amadís, que no puede excusarse, ni mucho menos infringir una orden de su señora, se retira a la Peña Pobre y toma el nombre de "Beltenebros" (el de la bella oscuridad). Desespera en su soledad: le han negado la gloria del reconocimiento de su fidelidad, pero para él es también una gloria sufrir por esa fidelidad y por la sumisión a su señora.

Llamado en auxilio de Lisuarte y Oriana, el caballero Beltenebros se convierte en el Caballero de la verde España, combatiente indómito que va de triunfo en triunfo por su país y por todos los de Europa: Alemania, Bohemia, Italia, Grecia, etc.Con su última empresa, libera a Oriana del Emperador de Occidente que la tenía prisionera; y ambos amantes tras de tantas luchas y peripecias, se retiran a la Insula Firme.

El relato concluye con las bodas de Amadís con Oriana y de Galaor con Briolanja. Al final, Urganda, la misteriosa protectora del héroe, surge del mar y profetiza las glorias de Esplandián, el hijo de Amadís y de Oriana.

***

Amadís de Gaula influyó, no sólo en la literatura de la época, sino en la de los siglos posteriores. Numerosas novelas la imitaron o se inspiraron en ella; múltiples obras de teatro y composiciones musicales han desarrollado el mismo tema o han tomado a sus mismos personajes. Además son incontables las traducciones a los principales idiomas.

De ella dice Goethe: "Es una vergüenza que haya que llegar a viejo para conocer una novela tan excelente". Y el eminente crítico español Menéndez y Pelayo, afirma: "No es una obra nacional, sino universal, humana: en ello radica el principal secreto de su popularidad sin precedentes".

APÉNDICE: El Arte Medieval

Durante la Edad Media, el Arte (pintura, escultura, arquitectura, música) mantuvo las mismas características generales que la literatura: religiosidad (Cristocentrismo), idealismo, relegación o desfiguración de lo humano. Por ejemplo, la figura humana no podía representarse al natural, ni siquiera sugerir sus formas corpóreas; debía cubrirse de velos y ropones a modo de ocultar por completo cualquier rasgo anatómico. Sólo el rostro podía destacarse y dentro de él, los ojos, en los cuales debían concentrarse la espiritualidad y el carácter severo de toda persona de bien. Por ello, el arte medieval, sobre todo el de la primera etapa de la Edad Media, es calificado de "hierático", o sea, de rígido, adusto, sagrado, por su expresión dura y espiritualizada al máximo.

Naturalmente no se mantuvo idéntico el carácter del arte a lo largo de toda la Edad Media. Si bien este largo período fue de mucho estancamiento, hubo cambios paulatinos (no podía dejar de haberlos en un milenio) que resultan plenamente advertibles en las artes plásticas (pintura, escultura, arquitectura), y de igual modo en la literatura. Podemos, pues, distinguir cuatro grandes períodos en el arte de la Edad Media:

1º) El Arte Paleocristiano o del Cristianismo Primitivo.

Se le llama también arte protocristiano. A él corresponden las obras artísticas de los cristianos de los primeros siglos (I al III), cuando esta religión era perseguida. Sus mejores pinturas y esculturas se encuentran en las catacumbas. Poco más tarde, cuando ya podían practicar libremente su doctrina, construyeron las primeras basílicas o templos, de un estilo rudo, aunque de grandes dimensiones.

2º) El Arte Bizantino.

Corresponde a la época del triunfo definitivo y de la oficialización del cristianismo, hacia el siglo IV, cuando, a la caída del Imperio Romano, la iglesia fija su sede principal en Bizancio, (Constantinopla).

Entre las más monumentales obras bizantinas, figuran el templo de Santa Sofía en Bizancio, y la catedral de San Marcos en Venecia. Importantes frutos de este período son los mosaicos (elaborados con oro y piedras preciosas) que decoran los templos o palacios en su interior. Los más célebres son los del templo de Santa Sofía. Otro producto artístico que nace en esta época, son los dibujos y grabados en miniatura, que servían para decorar libros sagrados.

3º) El Arte Románico.

Florece en el occidente de Europa, ya plenamente cristianizada, entre los siglos X y XIII. Recibe influencias del arte bizantino y del arte árabe que se había impuesto en España durante los varios siglos de la conquista árabe. El arte románico produjo numerosas catedrales y palacios, así como esculturas y pinturas, que en su mayoría se conservan en la actualidad y dan testimonio de la rigidez, solemnidad y espiritualidad de la Edad Media.

El estilo románico, es, en general, bastante duro, pesado, aunque ya admite decoración, sobre todo en los interiores. Es un arte esencialmente monástico (relativo a los monjes y a los monasterios). Ejemplos típicos son la catedral y la torre (inclinada) de Pisa, en Italia; las de Santiago Compostela y de León, en España; la de Durham, en Inglaterra; y la de Worms, en Alemania.

4º) El Arte Gótico.

Es la culminación del arte medieval. Corresponde a los últimos siglos de la Edad Media: del XIII al XV.

El estilo gótico fue al mismo tiempo la evolución y la negación del estilo románico. Fue su evolución en el sentido de que ya el arte románico había iniciado las tendencias a la elevación arquitectónica para representar el ideal de la elevación espiritual. Esto se manifestaba en la gran dimensión de las torres y de los demás elementos de los templos. Por otro lado, las figuras humanas comenzaron, durante el románico, a ser un poco más cercanas a la realidad, pero conservando su aire severo. Otra progresión del románico, fue su aceptación de lo decorativo. Todas estas cualidades fueron incrementadas ampliamente por el estilo gótico.

Fue en cambio, su negación porque terminó con la pesadez y rigidez: desaparecieron los muros exageradamente gruesos, las columnas mastodónticas; los ventanales pasaron de meros tragaluces a enormes vitrales. En fin, el gótico es la exposición de la sensualidad espiritualizada, del ansia de cielo, manifestación en forma aérea por medio de luces, colores, decoración y lineas arquitectónicas. Cambios similares se operan en pintura y en escultura: el gótico revela ya en forma más perceptible las formas del cuerpo humano; la expresión de los rostros se torna más dulce, a veces hasta se admite la sonrisa; los velos y mantos pierden importancia. En pintura se inició la perspectiva, es decir, la impresión de profundidad, cualidad totalmente desconocida durante los períodos anteriores.

Portada del Amadís de Gaula.

Dibujos y temas caballerescos.

Principales Características del Arte Gótico

El estilo gótico tuvo como campo principal la arquitectura sagrada, es decir, los templos, si bien hubo numerosos palacios y castillos de la misma tendencia. La escultura y la pintura se dieron en función de ella, es decir, para decorar los interiores y exteriores de templos, palacios, monasterios o casas de grandes señores. Por tanto, las cualidades básicas del gótico se reconocen en una iglesia.

1º) Elevación al Infinito

Un distintivo esencial de toda iglesia gótica son sus torres muy elevadas que se van adelgazando como un cono hasta rematar en "flechas" o "agujas", o en un conjunto de torrecillas muy delgadas y puntiagudas. Este elemento da al conjunto una impresión de elevarse al cielo, un ansia de lo celestial. Es una prueba de la cosmovisión trascendente, de la fe o de la angustia del hombre medieval.

2º) Los Arcos Ojivales

Se da el nombre de arco ojival o apuntado al que forma un vértice similar al del ojo (ojiva). Este arco sustituye al semicircular del período románico, y concuerda plenamente con el sentido de elevación. Se lo emplea en las puertas, en las arcadas, en la bóveda, en los ventanales, etc.

3º) La Bóveda de Crucería

Significó no sólo un elemento decorativo sino también una importante innovación técnica. Consistía en dar sostén a las bóvedas de un templo mediante el cruce de dos arcadas que quedaban formando una cruz. Este recurso permitía eliminar los gruesos muros y bóvedas del estilo románico, para poder sustituirlos con ventanales y rosetones, permitiendo así la penetración de más luz para mayor espiritualidad y sensualidad, ya que esta luz era coloreada por los vidrios de los ventanales y rosetones. Estos estaban colocados de modo tal que su efecto policromo de iluminación se concentrase en el altar mayor o en los altares principales, creando así una atmósfera de misticismo y de solemnidad.

4º) La Decoración en Relieve

Sobre todo en las fachadas de los templos, se decoraba con numerosas esculturas y figuras geométricas, en forma recargada y exhuberante, de modo que se produjese una impresión de sensualismo y de arrobamiento desde que el creyente se acercase.

En Europa se construyeron centenares de catedrales góticas, muchos palacios y castillos, así como monasterios y residencias particulares. Revelan el sentido hondamente artístico de los siglos anteriores al renacimiento.

Entre los monumentos góticos más famosos podemos mencionar:En España, las catedrales de Burgos, Toledo, Ávila, Salamanca, Sevilla, Granada, etc. En Francia (país donde se inició el gótico), la catedral de Notre Dame (Nuestra Señora, en el centro de París), una de las primeras; la de Reims, la de Amiens, las de Chartreusse y Lyon.

En Italia, las catedrales de Milán, de Asís y de Siena. Los palacios de Florencia, de Siena y de Venecia. (En este país, el gótico tuvo menor éxito, debido por una parte a la influencia de la antiguedad romana y griega,

que provocaba una mayor tendencia hacia el estilo clásico. Este fue, también, uno de los varios factores para que en Italia surgiese, antes que en ninguna otra parte, el Renacimiento, corriente que se deja sentir desde fines del siglo XIII).

En Inglaterra, las catedrales de Salisbury, de Exeter y de York.

En Alemania, las catedrales de Colonia, Friburgo y Estrasburgo.

También florecieron, aunque en menor grado, la escultura y la pintura. Hemos señalado ya que la rigidez de la figura humana comenzó a desaparecer en el románico. En el gótico casi desapareció por completo, dando paso a la "humanización" del Renacimiento. Así, ya en la estatuaria gótica encontramos el cuerpo representado en forma más realista, aunque todavía bastante cubierto; a través de la ropa se adivinan sus contornos redondos, sus líneas sinuosas. En pintura se muestran más partes del cuerpo, brazos, pies, cuellos.

Esa misma evolución lenta, ese paso paulatino hacia la humanización se da en la literatura, aunque en esta rama no pueda hablarse de gótico ni de románico.

Escenas del Amadís en la Biblioteca Nacional de España.

.
*** FUENTES
- Letras 1. Dr. Luis Melgar Brizuela. Edit. Oxcelotlán. Ed. Act. Por Miguel Angel Chinchilla. San Salvador. Sin fecha.
- Alfaro Chaverri, Edgar. 2001. Narrativa caballeresca española: El Amadís de Gaula. Aula Abierta Np 15 18 de mayo 2002. 4.p

Escriviviendo

Alfonso Quijada Urías

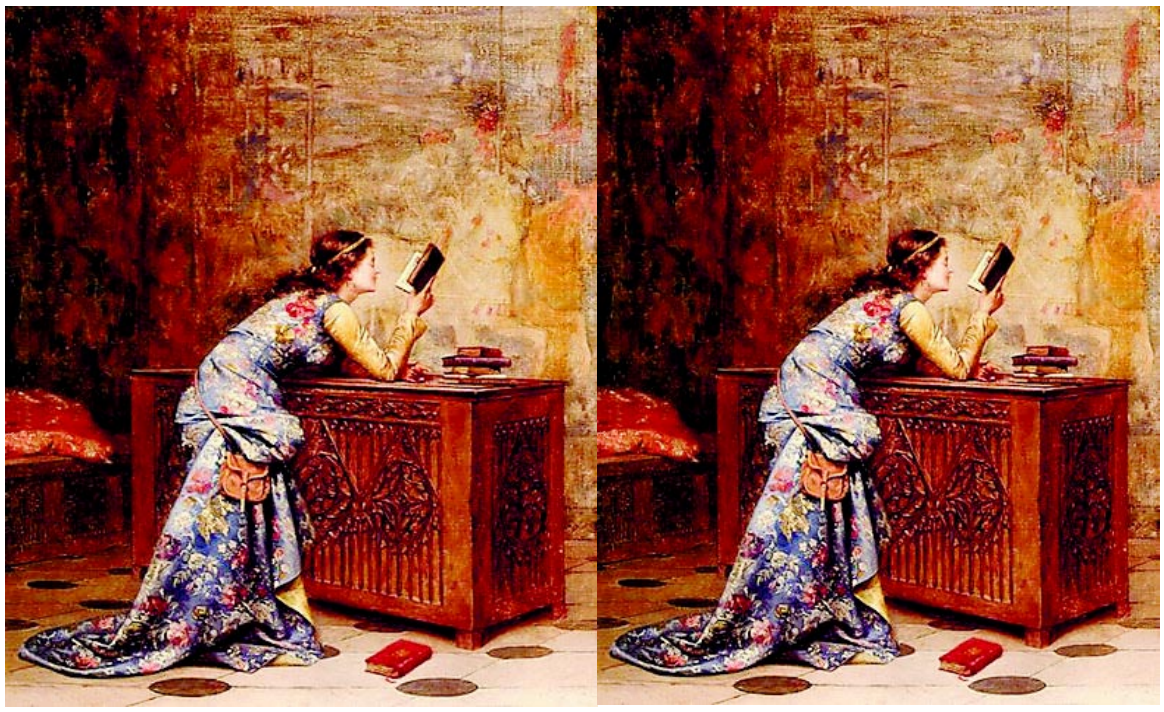
Escribo
Soy una lámpara en medio de la noche
No soy yo quien escribe
Sino la mano esclava de un pensamiento en fuga
Que inútilmente busca un desenlace
Cómo saberlo cuando la vida no termina de vivirse?
El hambre de vivir nunca se sacia
Pasa veloz un tres en la distancia
¿Será la vida misma?
Una muchacha también pasa
Rostro de esfinge
Un pájaro la sigue El Espíritu Santo
Así la vida pasa
Con ella el tiempo
Aunque esté detenido
Así la mano escribe
Sobre la mano esclava de un pensamiento
En fuga
Que inútilmente busca un desenlace!

Conozcamos autores salvadoreños

TEORÍA PARA MORIR INÉDITO

Cuento

Ricardo Castrorrivas (Salvadoreño)



El médico dijo: "Señores: este gran hombre ha muerto de miedo. Su corazón no pudo soportar quién sabe qué terror desconocido…". Y se marchó dejando estupefactos a los familiares de Lord Windsor, quienes se preguntaban: "¿Cómo es posible que Edward haya muerto de miedo?". "Es inconcebible –decía Lady Withehouse-, él sabía de memoria los cuentos terribles de Poe y los relataba en noches de tormenta sin inmutarse".

"Cierto –apuntaba Sir Wellwe-, precisamente él fue quien un martes trece, a medianoche, me invitó al cementerio para leer poemas, alumbrados por una vela que había traído de Haití".

"Ciertísimo –reafirmaba Lady Windsor-. Y es por eso que no puedo creer que haya muerto de miedo. El mismo instaló en la mansión de Lancaster los artefactos diabólicos que hacía funcionar cuanto teníamos de visita a las histéricas hijas de Lord Winston…".

"Sí, cierto –afirmaban una vez más todos los presentes-, Edward era valiente; de eso no debe cabernos ninguna duda… Jamás conoció el miedo…".

Horas más tarde, cuando limpiaba el escritorio de su amo, el viejo sirviente negro encontró unas cuartillas inconclusas, que comenzaban así:"Cuentos de terror, por Lord Windsor…".

El Chaparro

Ricardo Castrorrivas (Salvadoreño)

Guarito montañés, guaro en barbecho
Pariente de la chicha y el guarapo
Por nacer junto al ceibo y al talapo
Montanero seras, mas muy arrecho

Guarito espíritu montuno
Con vos se acabo el whisky, el ron el vino
Pues te aromas de anís, cual guaro fino,
Y sos tan animoso cual ninguno

Guarito sin viñeta : ¡clandestino!
Que culpa tenes vos que el campesino
Te beba con angustia con fe ciega

Viendo que nunca su redención llega
Y que borracho grite con descaro
¡Pura mierda el gobierno! ¡viva el guaro!

Musicalizada por Los de a Pie

Segundo año de Bachillerato

Julio Cortázar y el Boom latinoamericano

Edgar Alfaro Chaverri

El significado del "Boom" latinoamericano

Una parte importante de la renovación de la literatura en español proviene de América Latina. El caso paradigmático: Rubén Darío. Después de él, autores como Borges, Huidobro y otros son los que remozan la creación literaria en nuestra lengua.

En la década de los sesenta, irrumpen en escena los autores del llamado "Boom" latinoamericano. El "Boom" -que sugiere la onomatopeya inglesa de una explosión- no fue un fenómeno puramente literario. Se trató del "descubrimiento" que algunos editores españoles -Carlos Barral y otros- hicieron de la narrativa latinoamericana de ese momento. El lanzamiento de dicha narrativa al mercado español e hispanoparlante supuso un éxito comercial, pero tampoco es de desdeñar el impresionante nivel de difusión de obras de excelente contenido literario. Entre los autores del Boom tenemos al mexicano Carlos Fuentes; al peruano Mario Vargas Llosa; a los novelistas cubanos Alejo Carpentier y Guillermo Cabrera Infante; a Gabriel García Márquez, de Colombia y al autor que nos ocupa esta semana, el argentino Julio Cortázar.

El Boom fue un momento importante dentro de la literatura latinoamericana, porque supuso una ruptura con el pasado y una renovación formal, técnica y lingüística de la narrativa de nuestros países.

Julio Cortázar

Una de las figuras más queridas de este movimiento es la del novelista, poeta, narrador y ensayista Julio Cortázar. Nacido de padres argentinos en Bruselas, Bélgica, el 26 de agosto de 1914, Cortázar ejerció la docencia hasta la edad de treinta y siete años. En ese momento se radica en París, un poco para alejarse de la atmósfera opresiva del gobierno de Juan Domingo Perón -un caudillo militar populista y autoritario- y para dedicarse profesionalmente a la literatura. Cortázar estima que no hubiera podido escribir su obra de haberse quedado en la Argentina.

No era de ningún modo un principiante cuando se marchó a Francia: A los veinticuatro años había publicado un tomo de poesía llamado **Presencia** y en 1949 daría a la imprenta un poema dramático titulado **Los reyes**, inspirado en el Minotauro, personaje de la mitología griega. También había comenzado a escribir un extenso libro sobre la obra del poeta inglés John Keats, el cual se publicaría después de su muerte.

En 1963 publica la novela que lo consagraría: **Rayuela**, en la que hace gala de una serie de técnicas narrativas y expresa muchas de sus obsesiones vitales y literarias. Después vendrían

títulos como **Todos los fuegos el fuego**, **La vuelta al día en ochenta mundos**,**El libro de Manuel**, entre otros.

Después del triunfo de la revolución en Cuba, en 1959, Cortázar viaja a la isla antillana, donde colaboraría con las instancias culturales de dicho país. El escritor argentino sería un fervoroso -pero no menos crítico- partidario del impresionante movimiento social que tomaría el poder en el país caribeño.

Empero, el triunfo de la revolución sandinista en Nicaragua, el 19 de julio de 1979, atraería todo el amor de Cortázar. El novelista participó activamente en la solidaridad política con el pueblo de Nicaragua e incluso destinó los ingresos de las ventas de su libro **Los autonautas de la cosmopista** -escrito con su esposa Carol Dunlop- a la revolución naciente.

Otra pasión de Cortázar, la música, se revela en otro de los cuentos, Las Ménades, donde, según ven algunos críticos, la estructura narrativa se corresponde a la estructura musical de El Mar, de Debussy, una de las piezas que se tocan en el concierto del cual parte el relato.

Sin querer agotar el contenido del libro, habría que añadir que el relato La banda resulta ser una parábola sobre el peronismo. En el cuento, el protagonista compra un boleto para ver una película de Anatole Litvak que se anuncia en un cine de Buenos Aires. Lo que se ve, en lugar de la película, es la presentación de unas extras del pato Donald y la presentación de una banda de mujeres llamada **La Banda de Alpargatas**, que dan un espectáculo ordinario. En todo el trayecto del relato jamás se pasa la película de Litvak, por lo que el protagonista abandona el local,

A la muerte de Dunlop, la salud de Cortázar experimentó un sensible deterioro. Víctima de la leucemia, el novelista argentino fallecería en Francia -país del que obtuvo la nacionalidad- el 12 de febrero de 1984. Cortázar heredó una literatura lúdica y lúcida, que canta a la vitalidad y que nos revela nuevas y hermosas formas de ver lo cotidiano.

Final del juego

La obra cuentística de Cortázar es bastante extensa: **Bestiario**, **Final del juego**, **Las armas secretas**, **Alguien que anda por ahí**, **Queremos tanto a Glenda**... son algunos de los títulos de este formidable escritor. Nos detendremos en el segundo de los libros, **Final del juego** fue publicado hacia 1956. El libro está estructurado en tres partes:

I. Continuidad de los parques. No se culpe a nadie. El río. Los venenos. La puerta condenada. Las Ménades.

II. El ídolo de las cícladas. Una flor amarilla. Sobremesa. La banda. Los amigos. El móvil. Torito.

III. Relato con un fondo de agua. Después del almuerzo. Axolotl. La noche boca arriba. Final del juego.

En este libro afloran algunos de los temas constantes en la escritura cortazariana: el sobresalto en lo cotidiano (Continuidad de los parques, No se culpe a nadie, Axolotl, Los venenos, La puerta condenada), el descubrimiento del yo (Axolotl) o la irrevocable experiencia con el destino (La noche boca arriba).

El relato que lleva por título Torito evoca las peleas de un boxeador argentino de apellido Suárez. Dicho deporte fue una pasión en Cortázar, como él lo confesaba explícitamente. Hay muchos textos consagrados al tema: el cuento La noche de Mantequilla -incluido en Alguien que anda por ahí- que entrevera un encuentro boxístico con un episodio político, o Del noble arte, sólo para citar algunos ejemplos.

sintiéndose estafado, y se refugia en un bar llamado El Galeón. Pero una reflexión da con el verdadero sentido de lo que acaba de suceder: "...el mentido programa, los espectadores inapropiados, la banda ilusoria en que la mayoría era falsa, el director fuera de tono, el fingido desfile, y él mismo metido en lo que no le tocaba. De pronto le pareció entender aquello en términos que lo excedían infinitamente. Sintió como si le hubiera sido dado ver al fin la realidad. Un momento de la realidad que le había parecido falsa porque era la verdadera, la que ahora ya no estaba viendo. Lo que acababa de presenciar era lo cierto, es decir, lo falso.

Dejó de sentir el escándalo de sentirse rodeado de elementos que no estaban en su sitio, porque en la misma conciencia de un mundo otro, comprendió que esa visión podía prolongarse a la calle, al Galeón, al traje azul, a su programa de esta noche, a su oficina de mañana, a su plan de ahorro, a su veraneo de marzo, a su amiga, a su madurez, al día de su muerte". Es decir, la vida de la Argentina peronista como una gran estafa, como una gran mentira, que se extiende por todos los rincones.

Podemos seguir acumulando más párrafos sobre este libro de Cortázar. Más prudente es que pasemos a leer algunos de los cuentos.

****

Continuidad de los parques

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesar lentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparcerías, volvió al libro en la tranquiliad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito, de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas: la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando línea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabeza del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restañaba ella la sangre co sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta,

protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo, dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer.

Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladraron. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer; primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano, la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.

****

Los amigos

En ese juego todo tenía que andar rápido. Cuando el Número Uno decidió que había que liquidar a Romero y que el Número Tres se encargaría del trabajo, Beltrán recibió la información pocos minutos más tarde. Tranquilo pero sin perder un instante, salió del café de Corrientes y Libertad y se metió en un taxi. Mientras se bañaba en su departamento, escuchando el noticioso, se acordó de que había visto por última vez a Romero en San Isidro, un día de mala suerte en las carreras. En ese entonces Romero era un tal Romero, y él un tal Beltrán; buenos amigos antes de que la vida los metiera por caminos tan distintos.

Sonrió casi sin ganas, pensando en la cara que podría Romero al encontrárselo de nuevo, pero la cara de Romero no tenía ninguna importancia y en cambio había que pensar despacio en la cuestión del café y del auto. Era curioso que al Número Uno se le hubiera ocurrido hacer matar a Romero en el café de Cochabamba y Piedras, y a esa hora; quizá, si había que creer en ciertas informaciones, el Número Uno ya estaba un poco viejo. De todos modos la torpeza de la orden le daba una ventaja; podía sacar el auto del garaje, estacionarlo con el motor en marcha por el lado de Cochabamba, y quedarse esperando a que Romero llegara como siempre a encontrarse con los amigos a eso de las siete de la tarde. Si todo salía bien evitaría que Romero entrase en el café, y al mismo tiempo que los del café vieran o sospecharan su intervención. Era cosa de suerte y de cálculo, un simple gesto (que Romero no dejaría de ver, porque era un lince), y saber meterse en el tráfico y pegar vuelta a toda máquina. Si los dos hacían las cosas como era debido -y Beltrán estaba tan seguro de Romero como de él mismo- todo quedaría despachado en un momento.

Volvió a sonreír pensando en la cara del Número Uno cuando más tarde, bastante más tarde, lo llamara desde algún teléfono público para informarle de lo sucedido.

Vistiéndose despacio, acabó el atado de cigarrillos y se miró un momento al espejo. Después sacó otro atado del cajón, y antes de apagar las luces comprobó que todo estaba en orden. Los gallegos del garaje le tenían el Ford como una seda. Bajó por Chacabuco, despacio, y a las siete menos diez se estacionó a unos metros de la puerta del café, después de dar dos vueltas a la manzana esperando que un camión de reparto le dejara el sitio. Desde donde estaba era imposible que los del café lo vieran. De cuando en cuando apretaba un poco el acelerador para mantener el motor caliente; no quería fumar, pero sentía la garganta seca y le daba rabia.

A las siete menos cinco vio venir a Romero por la vereda de enfrente; lo reconoció enseguida por el chambergo gris y el saco cruzado. Con una ojeada a la vitrina del café, calculó lo que tardaría en cruzar la calle y llegar hasta ahí.

Pero a Romero no podía pasarle nada a tanta distancia del café, era preferible dejarlo que cruzara la calle y subiera a la vereda. Exactamente en ese momento, Beltrán puso el coche en marcha y sacó el brazo por la ventanilla. Tal como había previsto. Romero lo vio y se detuvo sorprendido. La primera bala le dio entre los ojos, después Beltrán tiró al montón que se derrumbaba. El Ford salió en diagonal, adelantándose limpio a un tranvía, y dio la vuelta por Tacuari.

Manejando sin apuro, el Número Tres pensó que la última visión de Romero había sido la de un tal Beltrán, un amigo del hipódromo en otros tiempos.

Obras de Julio Cortázar

Poesía:
-Presencia. Buenos Aires, El Bibliófilo, 1938 (Publicado bajo el seudónimo de Julio Denis).
-Pameos y meopas. Barcelona, Ocnos, 1971.
-Salvo el crepúsculo. México, Nueva Imagen, 1894.

Teatro:
-Los reyes. Buenos Aires, Ediciones de Ángel Gulab y Aldabahor, 1949.
-Nada a Pehuajó y Adiós, Robinson. México, Katún, 1984.

Cuento:
-Bestiario. Buenos Aires, Sudamericana, 1951.
-Final de juego. México, Los Presentes, 1956.
-Las armas secretas. Buenos Aires, Sudmericana, 1959.
-Historias de cronopios y de famas. Buenos Aires, Minotauro, 1962.
-Todos los fuegos el fuego. Buenos Aires, Sudamericana, 1962.
-Alguien que anda por ahí. Alfaguara, 1977.
-Un tal Lucas. Madrid, Alfaguara, 1979.
-Queremos tanto a Glenda. México, Nueva Imagen, 1980.

Novela:
-Los premios. Buenos Aires, Sudamericana, 1960.
-Rayuela. Buenos Aires, Sudamericana, 1960.
-62 Modelo para armar. Buenos Aires, Sudamericana, 1968.
-Libro de Manuel. Buenos Aires, Sudamericana, 1973.

Ensayo:
-Territorios. México, Siglo XXI, 1978.
-Nicaragua, tan violentamente dulce. Managua, Nueva Nicaragua, 1983.
-Argentina, años de alambradas culturales. Barcelona, Muchnik, 1984.
-Imagen de John Keats. Madrid, Alfaguara.
-Silvalandia. México, 1975.

Libros collage:
-La vuelta al día en ochenta mundos. México, Siglo XXI, 1967.
-Último round. México, Siglo XXI, 1969.
-Fantomas contra los vampiros multinacionales. México, Excélsior, 1975.

BIBLIOGRAFÍA
- Alfaro Chaverri, Edgar. 2002. Julio Cortázar. Aula Abierta No 22. Suplemento Cultural Tres Mil, Diario Co Latino, 6 de julio 2002. 4 p.

Axolotl

Cuento

Julio Cortázar

Hubo un tiempo en que yo pensaba mucho en los axolotl. Iba a verlos al acuario del Jardín des Plantes y me quedaba horas mirándolos, observando su inmovilidad, sus oscuros movimientos. Ahora soy un axolotl.

El azar me llevó hasta ellos una mañana de primavera en que París abría su cola de pavo real después de la lenta invernada. Bajé por el bulevar de Port Royal, tomé St. Marcel y L'Hôpital, vi los verdes entre tanto gris y me acordé de los leones. Era amigo de los leones y las panteras, pero nunca había entrado en el húmedo y oscuro edificio de los acuarios. Dejé mi bicicleta contra las rejas y fui a ver los tulipanes. Los leones estaban feos y tristes y mi pantera dormía. Opté por los acuarios, soslayé peces vulgares hasta dar inesperadamente con los axolotl. Me quedé una hora mirándolos, y salí incapaz de otra cosa.

En la biblioteca Saint-Geneviève consulté un diccionario y supe que los axolotl son formas larvales, provistas de branquias, de una especie de batracios del género amblistoma. Que eran mexicanos lo sabía ya por ellos mismos, por sus pequeños rostros rosados aztecas y el cartel en lo alto del acuario. Leí que se han encontrado ejemplares en África capaces de vivir en tierra durante los períodos de sequía, y que continúan su vida en el agua al llegar la estación de las lluvias. Encontré su nombre español, ajolote, la mención de que son comestibles y que su aceite se usaba (se diría que no se usa mas) como el de hígado de bacalao.

No quise consultar obras especializadas, pero volví al día siguiente al Jardin des Plantes. Empecé a ir todas las mañanas, a veces de mañana y de tarde. El guardián de los acuarios sonreía perplejo al recibir el billete. Me apoyaba en la barra de hierro que bordea los acuarios y me ponía a mirarlos. No hay nada de extraño en esto porque desde un primer momento comprendí que estábamos vinculados, que algo infinitamente perdido y distante seguía sin embargo uniéndonos. Me había bastado detenerme aquella primera mañana ante el cristal donde unas burbujas corrían en el agua. Los axolotl se amontonaban en el mezquino y angosto (solo yo puedo saber cuan angosto y mezquino) piso de piedra y musgo del acuario. Había nueve ejemplares y la mayoría apoyaba la cabeza contra el cristal, mirando con sus ojos de oro a los que se acercaban. Turbado, casi avergonzado, sentí como una impudicia asomarme a esas figuras silenciosas e inmóviles aglomeradas en el fondo del acuario. Aislé mentalmente una situada a la derecha y algo separada de las otras para estudiarla mejor. Vi un cuerpecito rosado y como translúcido (pensé en las estatuillas chinas de cristal lechoso), semejante a un pequeño lagarto de quince centímetros, terminado en una cola de pez de una delicadeza extraordinaria, la parte mas sensible de nuestro cuerpo. Por el lomo le corría una aleta transparente que se fusionaba con la cola, pero lo que me obsesionó fueron las patas, de una finura sutilísima, acabadas en menudos dedos, en uñas minuciosamente humanas. Y entonces descubrí sus ojos, su cara, dos orificios como cabezas de alfiler, enteramente de un oro transparente carentes de toda vida pero mirando, dejándose penetrar por mi mirada que parecía pasar a través del punto áureo y perderse en un diáfano misterio interior. Un delgadísimo halo negro rodeaba el ojo y los inscribía en la carne rosa, en la piedra rosa de la cabeza vagamente triangular pero con lados curvos e irregulares, que le daban una total semejanza con una estatuilla corroída por el tiempo. La boca estaba disimulada por el plano triangular de la cara, solo de perfil se adivinaba su tamaño considerable; de frente una fina hendedura rasgaba apenas la piedra sin vida. A ambos lados de la cabeza, donde hubieran debido estar las orejas, le crecían tres ramitas rojas como de coral, una excrescencia vegetal, las branquias supongo. Y era lo único vivo en él, cada diez o quince segundos las ramitas se enderezaban rígidamente y volvían a bajarse. A veces una pata se movía apenas, yo veía los diminutos dedos posándose con suavidad en el musgo. Es que no nos gusta movernos mucho, y el acuario es tan mezquino, apenas avanzamos un poco nos damos con la cola o la cabeza de otro de nosotros; surgen dificultades peleas fatiga. El tiempo se siente menos si nos estamos quietos.

Fue su quietud la que me hizo inclinarme fascinado la primera vez que vi a los axolotl. Oscuramente me pareció comprender su voluntad secreta, abolir el espacio y el tiempo con una inmovilidad indiferente. Después supe mejor, la contracción de las branquias, el tanteo de las finas patas en las piedras, la repentina natación (algunos de ellos nadan con la simple ondulación del cuerpo) me probó que eran capaz de evadirse de ese sopor mineral en el que pasaban horas enteras. Sus ojos sobre todo me obsesionaban. Al lado de ellos en los restantes acuarios, diversos peces me mostraban la simple estupidez de sus hermosos ojos semejantes a los nuestros. Los ojos de los axolotl me decían de la presencia de una vida diferente, de otra manera de mirar. Pegando mi cara al vidrio (a veces el guardián tosía inquieto) buscaba ver mejor los diminutos puntos áureos, esa entrada al mundo infinitamente lento y remoto de las criaturas rosadas. Era inútil golpear con el dedo en el cristal, delante de sus caras no se advertía la menor reacción. Los ojos de oro seguían ardiendo con su dulce, terrible luz, seguían mirándome desde una profundidad insondable que me daba vértigo.

Y sin embargo estaban cerca. Lo supe antes de esto, antes de ser un axolotl. Lo supe el día en que me acerqué a ellos por primera vez. Los rasgos antropomórficos de un mono revelan, al revés de lo que cree la mayoría, la distancia que va de ellos a nosotros. La absoluta falta de semejanza de los axolotl con el ser humano me probó que mi reconocimiento era válido que no me apoyaba en analogías fáciles. Solo las manecitas... Pero una lagartija tiene también manos así, y en nada se nos parece. Yo creo que era la cabeza de los axolotl, esa forma triangular rosada con los ojitos de oro. Eso miraba y sabía. Eso reclamaba. No eran animales.

Parecía fácil casi obvio, caer en la mitología. Empecé viendo en los axolotl una metamorfosis que no conseguía anular una misteriosa humanidad. Los imaginé conscientes, esclavos de su cuerpo, infinitamente condenados a un silencio abisal, a una reflexión desesperada. Su mirada ciega, el diminuto disco de oro inexpresivo y sin embargo terriblemente lúcido, me penetraba como un mensaje: «Sálvanos, sálvanos». Me sorprendía musitando palabras de consuelo, transmitiendo pueriles esperanzas. Ellos seguían mirándome inmóviles, de pronto las ramillas rosadas de las branquias de enderezaban. En ese instante yo sentía como un dolor sordo; tal vez me veían, captaban mi esfuerzo por penetrar en lo impenetrable de sus vidas. No eran seres humanos, pero en ningún animal había encontrado una relación tan profunda conmigo. Los axolotl eran como testigos de algo, y a veces como horribles jueces. Me sentía innoble frente a ellos, había una pureza tan espantosa en esos ojos transparentes. Eran larvas, pero larva quiere decir máscara y también fantasma. Detrás de esas caras aztecas inexpresivas y sin embargo de una crueldad implacable, ¿qué imagen esperaba su hora?

Les temía. Creo que de no haber sentido la proximidad de otros visitantes y del guardián, no me hubiese atrevido a quedarme solo con ellos. «Usted se los come con los ojos», me decía riendo el guardián, que debía suponerme un poco desequilibrado. No se daba cuenta de que eran ellos los que me devoraban lentamente por los ojos en un canibalismo de oro. Lejos del acuario no hacía mas que pensar en ellos, era como si me influyeran a distancia. Llegué a ir todos los días, y de noche los imaginaba inmóviles en la oscuridad, adelantando lentamente una mano que de pronto encontraba la de otro. Acaso sus ojos veían en plena noche, y el día continuaba para ellos indefinidamente. Los ojos de los axolotl no tienen párpados.

Ahora sé que no hubo nada de extraño, que eso tenía que ocurrir. Cada mañana al inclinarme sobre el acuario el reconocimiento era mayor. Sufrían, cada fibra de mi cuerpo alcanzaba ese sufrimiento amordazado, esa tortura rígida en el fondo del agua. Espiaban algo, un remoto señorío aniquilado, un tiempo de libertad en que el mundo había sido de los axolotl. No era posible que una expresión tan terrible que alcanzaba a vencer la inexpresividad forzada de sus rostros de piedra, no portara un mensaje de dolor, la prueba de esa condena eterna, de ese infierno líquido que padecían. Inútilmente quería probarme que mi propia sensibilidad proyectaba en los axolotl una conciencia inexistente. Ellos y yo sabíamos. Por eso no hubo nada de extraño en lo que ocurrió. Mi cara estaba pegada al vidrio del acuario, mis ojos trataban una vez mas de penetrar el misterio de esos ojos de oro sin iris y sin pupila. Veía de muy cerca la cara de una axolotl inmóvil junto al vidrio. Sin transición, sin sorpresa, vi mi cara contra el vidrio, en vez del axolotl vi me cara contra el vidrio, la vi fuera del acuario, la vi del otro lado del vidrio. Entonces mi cara se apartó y yo comprendí.

Sólo una cosa era extraña: seguir pensando como antes, saber. Darme cuenta de eso fue en el primer momento como el horror del enterrado vivo que despierta a su destino. Afuera mi cara volvía a acercarse al vidrio, veía mi boca de labios apretados por el esfuerzo de comprender a los axolotl. Yo era un axolotl y sabía ahora instantáneamente que ninguna comprensión era posible. El estaba fuera del acuario su pensamiento era un pensamiento fuera del acuario. Conociéndolo siendo él mismo, yo era un axolotl y estaba en mi mundo. El horror venía -lo supe en el mismo momento- de creerme prisionero en un cuerpo de axolotl, transmigrado a él con mi pensamiento de hombre, enterrado vivo en un axolotl, condenado a moverme lúcidamente entre criaturas insensibles. Pero aquello cesó cuando una pata vino a rozarme la cara, cuando moviéndome apenas a un lado vi a un axolotl junto a mi que me miraba, y supe que también él sabía, sin comunicación posible pero tan claramente. O yo estaba también en él, o todos nosotros pensábamos como un hombre, incapaces de expresión, limitados al resplandor dorado de nuestros ojos que miraban la cara del hombre pegada al acuario.

El volvió muchas veces pero viene menos ahora. Pasa semanas sin asomarse. Ayer lo ví, me miró largo rato y se fue bruscamente. Me pareció que no se interesaba tanto por nosotros, que obedecía a una costumbre. Como lo único que hago es pensar, pude pensar mucho en él. Se me ocurre que al principio continuamos comunicados, que él se sentía mas que nunca unido al misterio que lo obsesionaba. Pero los puentes están cortados entre el y yo porque lo que era su obsesión es ahora un axolotl, ajeno a su vida de hombre. Creo que al principio yo era capaz de volver en cierto modo a él -ah, solo en cierto modo-, y mantener alerta su deseo de conocernos mejor. Ahora soy definitivamente un axolotl, y si pienso como un hombre es solo porque todo axolotl piensa como un hombre dentro de su imagen de piedra rosa. Me parece que de todo esto alcancé a comunicarle algo, en los primeros días cuando yo era todavía él. Y en esta soledad final, a la que él ya no vuelve, me consuela pensar que acaso va a escribir sobre nosotros, creyendo imaginar un cuento va a escribir todo esto sobre los axolotl.

El cuento de la semana
La petaca

Salarrué (Salvador Salazar Arrué, 1899 - 1975) (Salvadoreño)

Era pálida como la hoja-mariposa; bonita y triste como la virgen de palo que hace con las manos el bendito; sus ojos eran como dos grandes lágrimas congeladas; su boca, como no se había hecho para el beso, no tenía labios, era una boca para llorar; sobre los hombros cargaba una joroba que terminaba en punto. La llamaban la peche María.

En el rancho eran cuatro: Tules, el tata; la Chón su mama, y el robusto hermano Lencho. Siempre María estaba un grado abajo de los suyos. Cuando todos estaban serios, ella estaba llorando; cuando todos sonreían, ella estaba seria; cuando todos reían, ella sonreía; no rió nunca. Servía para buscar huevos, para lavar trastes, para hacer rir ...

-¡Quitá diay, si no querés que te raje la petaca!

-¡Peche, vos quizás sos lhija el cerro!

Tules decía:

-Esta indizuela no es feya; en veces mentran ganas de volarle la petaca, ¡diún corvazo!

Ella lo miraba y pasaba de uno a otro rincón, doblada de lado la cabecita, meciendo su cuerpecito endeble, como si se arrastrara. Se arrimaba al baúl, y con un dedito se estaba alli sobando manchitas, o sentada en la cuca, se estaba ispiando por un hoyo de la paré a los que pasaban por el camino.Tenían en el rancho un espejito ñublado del tamaño de un colón y ella no se pudo ver nunca la joroba, pero sentía que algo le pesaba en las espaldas, un cuenterete que le hacía poner cabeza de tortuga y que le encaramaba los brazos; la petaca.

* * *

Tules la llevó un día onde el sobador.

-Léi traido para ver si usté le quita la puya. Pueda ser que una sobada ...

-Hay que hacer perimentos deficiles, vos, pero si me la dejás unos ocho días, te la sano todo lo posible.

Tules le dijo que se quedara.

Ella se jaló de las mangas del tata; no se quería quedar en la casa del sobador y es que era la primera vez que salía lejos, y que estaba con un extraño.

-¡Papa, paíto, ayeveme, no me deje!

-Ai tate, te digo; vuá venir por vos el lunes.

El sobador la amarró con sus manos huesudas.

-¡Andáte ligero, te la vuá tener!

El tata se fué a la carrera.

El sobador se estuvo acorralándola por los rincones, para que no se saliera.

Llegaba la noche y cantaban gallos desconocidos. Moqueó toda la noche. El sobador vido quéra chula.

-Yo se la sobo; ¡Aju! -Pensaba y reiba en silencio.

Serían las doce, cuando el sobador se le arrimó y le dijo que se desnudara, que liba a dar una primera sobada. Ella no quiso y lloró más duro. Entonces el indio la trincó a la juerza, tapándole la boca con la mano y la dobló sobre la cama.

-¡Papa, papita! ...Contestaban las ruedas de las carretas noctámbulas, en los baches del lejano camino.

* * *

El lunes llegó Tules, la María se le presentó gimiendo ... El sobador no estaba.

-¿Tizo la peración, vos?

-Si, papa ...

-¿Te dolió, vos?

-Si, papa ...

-Pero yo no veo que se te rebaje ...

-Dice que se me vir bajando poco a poco ...

Cuando el sobador llegó, Tules le preguntó cómo iba la cosa.

-Pues, va bien -Le dijo -Solo quiay que esperarse unos meses. Tiene quirsele bajando poco a poco.

El sobador, viendo que Tules se la llevaba, le dijo que por qué no la dejaba otro tiempito, para más seguridá; pero Tules no quiso, porque la peche le hacía falta en el rancho.

Mientra el papa esperaba en la tranquera del camino, el sobador le dió la última sobada a la niña.

Seis meses después, una cosa rara se fué manifestando en la peche María.

La joroba se le estaba bajando a la barriga. Le fué creciendo día a día de un modo escandaloso, pero parecía como si la de la espalda no bajara gran cosa.

-¡Hombré! -dijo un día Tules-, esta babosa tá embarazada!

-¡Gran poder de Dios! -dijo la nana.-¿Como jué la peración que tizo el sobador, vos?

Ella explicó gráficamente.

-¡Aijuesesentamil! -rugió Tules- ¡Mianimo ir a volarle la cabeza!

Pero pasaba el tiempo de ley, y la peche no se desocupaba.

La partera, que había llegado para el caso, uservó que la niña se ponía más amarilla, tan amariya, que se taba poniendo verde. Entonces diagnosticó de nuevo.

-Esta lo que tiene es fiebre pútrida, manchada con aigre de corredor.

-¿Eee? ...-Mesmamente; hay que darle una güena fregada, con tusas empapadas en aceiteloroco, y untadas con kakevaca.

Así lo hicieron. Todo un día pasó apagándose; gemía.Tenían que estarla voltíando diun lado a otro. No podía estar boca arriba, por la petaca; ni boca abajo, por la barriga.

En la noche se murió.

Amaneció tendida de lado, en la cama que habían jalado al centro del rancho. Estaba entre cuatro candelas. Las comadres decían:

-Pobre; tan güena quera; ¡Ni se sentía la indizuela, de mancita!

-¡Una santa! Si hasta, mirá, es meramente una cruz!

Más que cruz, hacía una equis, con la linea de su cuerpo y la de las petacas.

Le pusieron una coronita de siemprevivas. Estaba como en un sueño profundo; y es que ella siempre estuvo un grado abajo de los suyos; cuando todos se estaban riendo, ella sonreía; cuando todos sonreían, ella estaba seria; cuando todos estaban serios, ella lloraba; y ahora que ellos estaban llorando, ella no tuvo más remedio que estar muerta.

Tomado de: Cuentos de Barro

El poema de la semana

Estoy triste

Nezahualcóyotl (Antiguo México, 1402-1472)

Estoy triste, me aflijo,
Yo, el señor Nezahualcóyotl.
Con flores y con cantos
Recuerdas a los príncipes,
A los que se fueron,
A Tezozomoctzin, a Quaquauhtzin.

En verdad viven,
Allá en donde de algún modo se existe.

¡Ojalá pudiera yo seguir a los príncipes,
llevarles nuestras flores!
¡Si pudiera yo hacer míos
los hermosos cantes de Tezozomoctzin!
Jamás perecerá tu nombre,
¡oh mi señor, tú, Tezozomoctzin!
Así, echando de menos tus cantos,
Me he venido a afligir,
Sólo he venido a quedar triste,

Yo a mí mismo me desgarro.

He venido a estar triste, me aflijo.
Ya no estás aquí, ya no,
En la región donde de algún modo se existe,
Nos dejaste sin provisión en la tierra,
Por esto, a mí mismo me desgarro.